

LOS JESUITAS ANTE EL PUEBLO SALVADOREÑO

PRESENTACION

En Julio de 1976, el Gobierno de El Salvador trató de aplicar un proyecto de Transformación Agraria, que pretendía cierta redistribución de la tierra en una rica zona aldonera.

Esta medida pretendía dar alguna concreción a la fórmula constitucional de "propiedad privada en función social".

Aunque su carácter no afectaba en lo fundamental las estructuras globales del país, provocó una tenaz resistencia y un encarnizado ataque al Gobierno por parte de la empresa privada salvadoreña. El 20 de Octubre de 1976, el Gobierno cedía ante esta tremenda presión. Con esta victoria, la burguesía salvadoreña recuperaba gran parte del poder de control sobre el Estado que había perdido en cuarenta años sin ejercicio directo el Gobierno.

La Universidad Centroamericana José Simeón Cañas (UCA) de San Salvador, en la que los Jesuitas trabajan, se había pronunciado en favor de esta modesta, pero importante medida. En la Parroquia de Aguilares, rodeada de haciendas cañeras y de empobrecidos minifundios, los Jesuitas llevaban cuatro años acompañando a los campesinos en su despertar y apoyando —como parte de la evangelización— su derecho a organizarse autónomamente. Estos dos hechos, entre otros, situaron a los Jesuitas como blanco de los ataques y del poder engrandecido de la empresa privada.

Contra los Jesuitas y contra muchos otros sacerdotes —incluso contra el antiguo y contra el actual Arzobispo de San Salvador— se desencadenaron una serie de actos

que desembocaron el 12 de Marzo de 1977 en el asesinato del Padre Rutilio Grande S.J. y de dos campesinos de Aguilares. Los actos persecutorios se convirtieron pronto en persecución formal contra la Iglesia. El 11 de Mayo era asesinado un sacerdote diocesano, el Padre Alfonso Navarro, también junto con un adolescente laico, en San Salvador. Veinticinco sacerdotes, ocho de ellos Jesuitas, han sido alcanzados de una u otra manera, por esta persecución, que ha recrudecido especialmente las duras e injustas condiciones de vida de los campesinos de El Salvador. Las expulsiones, prisiones, torturas y asesinatos, han querido ser justificados por una virulenta campaña de prensa que no se ha detenido ante las peores tergiversaciones y calumnias. Los Jesuitas han sido también blanco importante de esta campaña.

La Iglesia Salvadoreña ha dicho su palabra valiente y ha actuado en estas circunstancias con cristiana coherencia (véanse: Mensajes de la Conferencia Episcopal del 5 de Marzo de 1977, y del 17 de Mayo de 1977; Boletines de la Secretaría de Información y Prensa del Arzobispado; homilias del Señor Arzobispo de San Salvador, Monseñor Oscar A. Romero, publicadas en el Semanario Orientación).

Con los artículos que siguen, publicados en los diarios matutinos de San Salvador desde el 14 al 27 de Junio de 1977, los Jesuitas hemos querido también decir una palabra humilde y firme, dentro de la misma comunión eclesial, como servicio a la fe y a la justicia en El Salvador.

I. INTRODUCCION: DEBEMOS HABLAR

Es de sobra conocido que en estos últimos tiempos se ha desatado una gran campaña de desprestigio y atropellos contra la Iglesia Católica, pretendiendo así doblegar conciencias, aplastar grupos y silenciar personas. También es de sobra conocido que los atacantes, escondidos muchas veces en un cómodo anonimato, han tratado con insidia de sembrar la división entre los católicos, enfocando sus golpes a diferentes gremios y personas, esperando que salte de pronto algún chivo expiatorio. Por último, es del dominio público que, dentro de esta campaña, los esfuerzos más grandes de difamación y calumnia se han enfocado contra los Jesuitas.

En varios órganos de difusión, pero sobre todo por medio de campos pagados en los periódicos, se han lanzado feroces ataques a nuestra Orden Religiosa, intentando proyectar sobre nosotros una imagen siniestra de maldad y de crimen. Y no contentos con este esfuerzo de división y mentira, han pretendido simular una opinión pública generalizada que pidiera a gritos que se expulse del país a los Jesuitas.

Creemos que ha llegado la hora de pronunciar nuestra palabra a todos los salvadoreños de buena voluntad y a todos los que quieren trabajar realmente por el bien del país. No pretendemos responder a los que siguen lanzando esos ataques, ya que hemos visto de sobra que son sordos a las razones y a la verdad. Creemos que ha llegado la hora de hablar por respeto y solidaridad con los hermanos nuestros —Obispos,

sacerdotes, religiosos, laicos— que nos han defendido valientemente, por respeto a quienes se esfuerzan por descubrir sinceramente la verdad, y sobre todo por respeto a todos los salvadoreños a quienes nos debemos en último término por fidelidad a nuestra misión evangélica. Hablamos también a sabiendas de que nuestras palabras se sacarán de su contexto, como ya ha ocurrido a propósito del folleto "El Externado piensa así". Pero esperamos que los salvadoreños de buena voluntad, interesados de verdad en una patria mejor, sabrán entender lo que decimos y leerán la totalidad de lo que escribamos.

1. DE QUE SE NOS ACUSA.

Fundamentalmente a quien se ataca es a la Iglesia. Quienes acusan no han podido suprimir esta convicción de la conciencia del pueblo.

La Iglesia se está esforzando por ser fiel al ejemplo de Cristo hermanándose con los más desposeídos y conviviendo con ellos. La Iglesia se está volviendo molesta e incómoda para los que detentan privilegios y el poder económico. La Iglesia predica la buena nueva, anuncia la verdad, y esa verdad perturba. La Iglesia interpreta a la luz de esa buena nueva la situación concreta en la que vive, y su palabra causa indignación. La Iglesia (los cristianos) trata de vivir conforme a esa buena nueva y su comportamiento sorprende y enoja. La Iglesia habla de justicia y dicen que predica el odio. La Iglesia se preocupa por la dignidad de los pobres, y dicen que propicia luchas fratricidas. La Iglesia trata de mejorar la convivencia humana y se le acusa con furia de meterse en lo

que no le importa. La Iglesia, como Jesús, intenta dar la preferencia a los pobres y marginados (la gran mayoría de los salvadoreños), pero curiosamente, al hacerlo dicen que está dañando al país.

No sabemos las razones por las que han dado la mayor batalla contra los Jesuitas. Según esos ataques, los Jesuitas hemos sido siempre mentirosos, sectarios y falsos. Somos muy hábiles para manipular a la gente y a las instituciones con vistas a lograr nuestros fines ocultos. Somos hipócritas. Somos marxistas (lo que es lo mismo que monstruos de los más temibles). Se nos responsabiliza de dirigir y manejar organizaciones campesinas. Se nos acusa de incitar a la violencia desde púlpitos, cátedras, aulas escolares y organizaciones varias, predicando el odio entre los salvadoreños. Se nos hace responsables de estar empujando a otras personas a cometer acciones ilegales y aun de estar promoviendo el crimen y el terrorismo. Se dice que nuestro trabajo es anti-constitucional, anti-patriótico y que respondemos a consignas internacionales inconfesadas. Se ha llegado a la insinuación degradante de que hemos asesinado al Padre Grande por convenir a nuestros fines. Se dice que estamos arrastrando al país a la anarquía. Y dicen que todo ello se debe a nuestra desorbitada y sórdida ambición de poder terrenal, no deteniéndonos ante nada para conseguirlo.

En resumen, lo que se saca de toda esta colección de insultos y calumnias es que los jesuitas somos la plaga más terrible que haya pasado por el país. Y que el remedio, como para toda plaga, es el exterminio.

Pero en el fondo se nos acusa, como es bien sabido, por ser Iglesia, por pretender ser fieles a la misión de la Iglesia tal como la ha entendido la Arquidiócesis desde el Vaticano II y Medellín.



**un calzado elegante
para niños y caballeros
ave. urdaneta**

**esq. la pelota
tlf. 561 58 97**

2. COMO NOS ATACAN

La forma del ataque no es nueva: principalmente los campos pagados en los periódicos. Teniendo plumas a su servicio y dinero fácil, las páginas de los diarios se abren presurosas a sus deseos e intereses. Aprovechándose de la situación informativa altamente discriminatoria del país, pueden pretender crear una avalancha de "opinión pública", pagando por ella. En nuestras circunstancias de analfabetismo y desigualdad económica ya se sabe que la opinión que más se difunde por estos medios no es la más representativa, sino la que más espacios puede comprar para verse impresa.

La forma de ataque no es nueva. El tono y el estilo tampoco. Fue usada por ellos mismos hace unos meses durante la polémica sobre la Transformación Agraria. Y fue usada con éxito. Pero no son ellos los inventores.

Esos recursos estridentes han sido utilizados durante siglos por aquellos que no pueden tolerar el diálogo franco y sincero, por aquellos que rechazan frenéticamente el razonamiento sereno porque viven en la sinrazón. Por aquellos que no respetan a las personas, sino que las tratan de manipular para su beneficio.

Sin ir muy lejos, todo ese despliegue de letras mayúsculas, todo ese recurso inmediato a la exageración y al insulto, toda esa multiplicación de nombres fantasmas reproducidos con una mediocridad imaginativa que aburre, fueron usados por Mussolini, Hitler y sus comparsas en la hora más espantosa de la historia europea de nuestro siglo. Entonces como ahora usaron maliciosamente datos distorsionados. Entonces como ahora falsificaron la historia.

Pero ese derroche de dinero en campos pagados (llevan ya seis meses vociferando contra la Iglesia y cerca de un año gritando su desprecio por el pueblo salvadoreño oprimido) quiere decir también otra cosa. Oculto bajo esa catarata de gritos desmedidos y acusaciones venenosas está el hecho de lo que les está costando, billete sobre billete, la tal campaña de difamación. Invita a pensar que hay grandes intereses económicos detrás de todo esto.

3. QUIENES SE INDIGNAN Y QUIENES SE ALEGAN

Sabemos quiénes son los atacantes. Sabemos quiénes son los que se disfrazan bajo el pretendido manto de una santa indignación y usurpan nombres pseudo-cívicos y pseudo-religiosos. En la orgía de su triunfo sobre el Gobierno, en Noviembre pasado, posaron para los fotógrafos de la prensa y publicaron sus directivas en los diarios. Realmente nos admira y alegra saber que son tan pocos.

Pero no podemos ser tan torpes como para no tomarlos en serio. Aunque son pocos y aunque ya nadie se traga el montón de asociaciones y nombres fantasmas con que se disfrazan y multiplican sus voces, la tremenda verdad es que son poderosos. Pararon la Transformación Agraria y la desviaron. Exigieron medidas como la ocupación de Aguilares y, cuando ésta se llevó a cabo, la aplaudieron. Con inaudita indiferencia por la vida humana están exigiendo, sin motivo, una represión y matanza colectiva como la del año 32. En cada salvadoreño inconforme, sobre todo si es campesino, ven un agente del Comunismo Internacional y reclaman una nueva caza de brujas.

Pero es mucho más importante ver que, al lado de este despliegue de unos pocos poderosos intransigentes, hay muchos más que se alegran. Se alegran de lo que la Iglesia trata de ser y de hacer para mejorar la convivencia entre nosotros y para promover la justicia para todos. No en campos pagados en los periódicos, pero sí en innumerables conversaciones y en cartas y mensajes que llegan de todas partes del país, la Iglesia está comprobando que es ahora, en estos meses de persecución y de fidelidad, cuando se está creyendo su palabra.

Para estos cristianos, para todos aquellos que quieren el verdadero progreso del país, y para todos los hombres y mujeres de buena voluntad, la sorpresa que la Iglesia ha causado no ha supuesto un escándalo sino una explosión de gozo.

Es claro que la Iglesia está cambiando, y es claro también que los

(SIGUE EN LA PAG. 377)

LOS JESUITAS...

(VIENE DE LA PAG. 343)



Jesuitas, como parte de la Iglesia, han cambiado. Estos cambios han sido paulatinos pero eficaces. Lo fundamental del cambio ha consistido en la decisión de servir a las mayorías del país, y por ello éstas se alegran; y con ellas también otros grupos minoritarios, cuyos ojos y cuyo corazón se han ido abriendo, y quieren decididamente cooperar al cambio.

Son únicamente los que no han vivido de verdad una apertura de sus corazones a todo el Evangelio, quienes ahora se sorprenden. Son los católicos de nombre y de apariencia los que de pronto se escandalizan por una evolución y una vida de la Iglesia que supone una exigencia de conversión. Ahora está quedando claro que no estaban dispuestos a esta conversión; demasiado tiempo estuvieron acostumbrados a servir a Dios y al dinero.

4. DEBEMOS HABLAR

Por estar conscientes de esta realidad, de esta idolatría del dinero, que se traduce en degradante miseria para grandes mayorías, queremos hablar, por respeto a lo que somos como parte de la Iglesia y a lo que debemos a la Iglesia. Pero sobre todo porque lo que hemos hecho no lo hemos hecho por nosotros mismos ni para nosotros, sino como un esfuerzo genuino para realizar de la mejor forma posible nuestra misión cristiana. Lo que importa es la gente que sufre. Porque, como dice San Juan, "no se puede amar a Dios a quien no vemos, sin amar a los

hombres a quienes vemos" (1 Jn. 4,20). Por eso importa la Iglesia, que tiene que esforzarse por ser una comunidad de hermanos en la que las desigualdades injustas no anulen la paternidad de Dios. Por eso debemos hablar.

Hablamos por el sufrimiento inmenso de los hombres libres que no pueden manifestarse. No nos importa la nube de reacciones en campos pagados que esta palabra pueda desencadenar. Conocemos ese juego y no lo tememos. Hablamos como parte de la Iglesia y para defender a la Iglesia. Hablamos para defender con nuestra débil voz a aquellos a quienes se mantiene callados y que son la razón de existir de la Iglesia: los pobres de Jesucristo. Y hablamos también para contrarrestar con la verdad la mentira de quienes se han nombrado a sí mismos jueces supremos de lo que debe y no debe hacerse en el país.

Así pues, hablaremos con energía pero con humildad. En días sucesivos, con la mayor honestidad de la que somos capaces, iremos aclarando muchas cosas que los campos pagados se esfuerzan por confundir. Presentaremos qué es lo que hacemos, por qué lo hacemos y dejaremos al lector honesto que juzgue sobre tanta calumnia como se no nos hace. Esperamos que se respete nuestro derecho de expresarnos libremente frente a estos poderes económicos que quieren ahogar todo esfuerzo que los contradiga. Ellos parecen querer que el derecho de hablar libremente sea selectivo y discriminador: imperativo cuando corresponde a sus conveniencias; provocativo, intolerable y subversivo, cuando corresponde a los débiles.

COMPOSICION DE TEXTOS

PARA REVISTAS, LIBROS Y TEXTOS PUBLICITARIOS

30 TIPOS DIFERENTES DE LETRAS

LOS PRECIOS MAS BARATOS DE CARACAS
EN LA REDACCION DE ESTA REVISTA

Tfs.: 661.28.40 y 661.95.15

Esperamos con toda sencillez que este pequeño intento sea de verdad un apoyo a la palabra eficaz de la Iglesia, seguimiento fiel de aquella Palabra que se hizo carne y vino a convivir entre nosotros.

II. LOS JESUITAS Y LAS ORGANIZACIONES CAMPESINAS.

1. ACUSAN A LOS JESUITAS DE ORGANIZAR Y DIRIGIR A FECCAS Y UTC.

Hace ya seis meses que se vienen lanzando acusaciones en el sentido de que los Jesuitas han organizado las asociaciones campesinas FECCAS y UTC. Desde Diciembre de 1976, se ha reiterado esta acusación al menos seis veces (10-12-76; 30-12-76; 15-1-77; 12-2-77; 19-3-77; 18-4-77). Incluso al expresarla por primera vez el 10 de Diciembre de 1976, se acusó en particular al Padre Rutilio Grande, S.J., párroco entonces de Aguilares, de incitar, dirigir y apoyar a organizaciones campesinas como FECCAS y UTC. Tres meses después, el 12 de Marzo de 1977, el Padre Grande era asesinado.

Posteriormente, las acusaciones se han ampliado, señalando a los Jesuitas, no sólo como organizadores, sino también como dirigentes demagógicos de FECCAS y UTC (19-3-77). Varias agrupaciones, algunas de ellas escondidas tras el anonimato de denominación pretendidamente cristianas, han coreado las mismas acusaciones. Estas acusaciones nunca han sido retractadas. Es hora de rechazarlas con toda firmeza y de decir al país la verdad sobre ellas.

2. LA VERDAD SOBRE LOS JESUITAS Y FECCAS-UTC.

Es bien sabido que el campesinado constituye la porción mayoritaria del pueblo salvadoreño. Pero es también el campesinado el sector más brutalmente afectado por condiciones inhumanas de miseria y marginación. En palabras del Señor Presidente, "solo un ciego podría no mirar las condiciones infrahumanas en que ha vivido y todavía vive la mayoría de nuestros campesinos" (3-7-76). Con una renta per cápita que apenas les permite disponer de un colón por día (Ministerio de Planificación, Indicadores); con un desempleo más o menos parcial y crónico, que a veces alcanza niveles superiores al 50 por ciento (SIECA, El desarrollo integrado, Política Social, pg. 75); con un déficit habitacional estimado en más de 350.000 viviendas (Ministerio de Planificación, 1977); con un grado de analfabetismo en muchas regiones superior al 50 por ciento (CONAPLAN, Plan de desarrollo, 1973-77 pg. 42); con una asistencia médica que, en 1973, apenas les permitía "pasar consulta con el médico una vez cada dos años". (Dr. R. Baldía, Consideraciones básicas para una política de población en El Salvador, Dic. 1974, Pág. 8); con estas condiciones de vida, difícilmente se puede decir que el campesino salvadoreño esté disfrutando de alguno siquiera de los más elementales derechos humanos. Sin embargo, hay quienes parecen considerar que lo inhumano no son estas condiciones, sino que el campesino pretenda salir de ellas.

FECCAS y UTC son dos organizaciones campesinas nacidas para defender los derechos del campesinado, largo tiempo ignorados y conculcados impunemente. Los jesuitas para nada intervinimos en la fundación de estas organizaciones. En 1964, cuando FECCAS fue fundada, los Jesuitas no tenían ninguna relación con el campesinado salvadoreño, fuera de la participación de algunos de sus sacerdotes en unas pocas misiones o trabajos apostólicos de corte tradicional. Respecto de UTC, ni siquiera sabemos hoy los Jesuitas la fecha en que esta organización fue fundada.

En 1972, el P. Rutilio Grande y otros tres sacerdotes jesuitas recibieron la misión de encargarse de una parroquia en la zona predominantemente rural de Aguilares y El Paisnal. En esta parroquia, antes de la llegada de los Jesuitas, existía ya la organización FECCAS.

Desde Enero de 1973, el equipo parroquial de Aguilares se dedicó a misionar toda la zona rural de la parroquia, conviviendo quince días con los campesinos de cada cantón, comiendo y durmiendo con ellos, y dialogando con ellos sobre el mensaje profundamente liberador del Evangelio de Jesucristo. El objetivo de estas misiones era "realizar una

comunidad de hermanos, comprometidos a construir un mundo nuevo, sin opresores ni oprimidos, según el plan de Dios" (Tomado de los escritos del Padre Grande).

A los campesinos de Aguilares y El Paisnal se les fue abriendo el corazón a esa "buena noticia" (que eso quiere decir "Evangelio") de que Dios es el Padre de todos, de que todos los hombres son hermanos y de que los hermanos no pueden vivir en una desigualdad tan tremenda que niegue la paternidad de Dios. Al mismo tiempo, acogieron el mensaje de que la bondad de Dios no suprime la responsabilidad del hombre de empeñarse con todas sus fuerzas en la construcción de un mundo más justo. Por eso Jesús nos llamó a ser "sal de la tierra" y "fermento en la masa" (Mt. 5, 13 y 13,3). Poco a poco fueron los campesinos desechando el fatalismo. Poco a poco fueron comprendiendo que su situación de hambre, de enfermedad, de muerte prematura de muchos de sus hijos, de falta de trabajo, de trabajo contratado de palabra a un salario y pagado a otro, se debía no a la voluntad de Dios, sino al afán de lucro de unos pocos salvadoreños y a su propia pasividad.

En estas circunstancias prendió el entusiasmo por la organización campesina. En la organización FECCAS, ya existente pero que arrastraba una vida lánguida, descubrieron los campesinos un medio para promover eficazmente la justa reivindicación de sus derechos. Ninguno de los padres jesuitas de la parroquia podía cristianamente oponerse a este crecimiento organizativo. En realidad, esto significaba, desde la justa perspectiva del campesinado, el esfuerzo por la construcción concreta del bien común, y por lo tanto la dimensión social del precepto cristiano de amarnos los unos a los otros y de combatir todo pecado.

La Constitución salvadoreña reconoce en su artículo 152 el derecho de libertades individuales, al señalar que nadie está obligado a hacer lo que la ley no manda ni a privarse de lo que no prohíbe. En el artículo 160, específicamente se concreta este régimen de derechos individuales en el derecho de todos los ciudadanos salvadoreños a reunirse y asociarse. La constitucionalidad de este derecho fundamental de todo salvadoreño no puede ser arbitrariamente negada al campesino. Más aún, la falta de personería jurídica no convierte automáticamente en ilegal a un grupo o asociación en ejercicio de sus derechos constitucionales. Sin ir más lejos, ORDEN carece de personería jurídica. Pero no es nuestra intención entrar en casuística, sino exponer los principios básicos. Y el principio básico es que los campesinos, como ciudadanos salvadoreños, tienen el derecho de asociarse y organizarse. En ningún caso las leyes secundarias o reglamentos pueden contrariar lo que explícitamente dispone nuestra Carta Magna.

El Evangelio, que no es una palabra abstracta e intemporal, sino una fuerza de vida ante cualquier situación concreta, inspiró ciertamente muchos de los primeros esfuerzos de organización campesina. Así como es un falseamiento del Evangelio afirmar que "sólo de pan vive el hombre" (Mt. 4,4), es también una falsificación del Evangelio no preocuparse por "conseguir pan para que coman" (Jn. 6,5) quienes tienen sus capacidades humanas heridas y disminuidas por un hambre inhumana y continua. Esto es lo que los campesinos descubrieron acogiendo todo el Evangelio.

Al impulsar su organización, los campesinos descubrieron que muchas fuerzas se oponían a ella: los administradores de las haciendas les negaban trabajo a los organizados, los "informantes" los denunciaban ante capataces y autoridades, las autoridades mismas no los reconocían como interlocutores colectivos. Esta cruda realidad les enseñó el largo camino y la dura lucha que iba a suponer la defensa de sus derechos humanos. Fueron intereses creados, inmovilizados ante la suerte del campesinado, los que han impuesto al campesinado su lucha.

Ante esta organización, el equipo parroquial de los Jesuitas de Aguilares defendió con claridad y firmeza el derecho de los campesinos a organizarse. Escribiendo a Monseñor Chávez, el P. Grande le decía:

Por tratarse de una organización gremial, no partidista, soy muy consciente de que entra en el ámbito de las llamadas "organizaciones intermedias", de derecho humano innegable, y que están apoyadas en los documentos papales, en los de Medellín, por supuesto, y en sus cartas pastorales como Arzobispo. Sé que no puedo oponerme a ellos (los campesinos organizados) como pastor, sino al contrario tratar de iluminarlos como cristianos, a par-

tir de la fe, para que sus actuaciones se adecúen a los valores del Evangelio. Creo que esa es hoy por hoy la mayor responsabilidad de la parroquia ante un buen número de cristianos de nuestras comunidades, quienes en virtud del dinamismo de conversión y crecimiento en la fe, pasan a convertirse normalmente en agentes de cambio, como lo quiere la Iglesia misma, en orden a las conquistas tan fundamentales a nivel del campesino como es la sindicalización, la defensa de sus derechos laborales, etc.

Por otro lado, el Padre Grande y su equipo de Jesuitas dejó bien claro ante los campesinos, la diferencia entre la misión parroquial, la comunidad cristiana y la organización campesina:

Una comunidad cristiana no se identifica con ninguna base de ninguna agrupación política, aunque de aquella reciba su impulso e inspiración. La misión parroquial no se identifica plenamente en modo alguno con los objetivos y fines de una organización determinada, incluso con aquellas que se confiesan cristianas. La misión parroquial no pretende ninguna clase de poder, aunque en su acción pastoral incluya a grupos diversos que legítimamente lo pretenden en plan de servicio y en búsqueda de los mejores proyectos históricos realizables. La fuerza moral de la parroquia es el Evangelio, y al mismo tiempo su debilidad.

En definitiva, los Jesuitas, no sólo desde Aguilares, sino desde su participación en la UCA, en el Externado, o en otras partes, han mantenido su obligación cristiana de defender el derecho del campesinado a su propia organización autónoma. La organización campesina la han entendido los Jesuitas como organizaciones del pueblo, con su propia responsabilidad frente a los medios que escoja para reivindicar sus justos derechos. Más no por ello han excluido a los campesinos organizados de la crítica cristiana que el Evangelio implica frente a cualquier esfuerzo humano. Siempre han mantenido, por lo tanto, libertad cristiana frente a la organización campesina autónoma. Finalmente, han procurado tratar al campesinado, hartos ya de manipulaciones, con un profundo respeto. Toda esta acción ha sido regada con la sangre mártir del Padre Grande y rubricada con la presencia en medio de la parroquia de los Padres Carranza, Ortega y Pérez la noche en que Aguilares fue ocupada militarmente. Se los ha calumniado y expulsado, pero estaban en medio de los cristianos, sirviéndoles.

3. LA IGLESIA FRENTE A LA ORGANIZACIÓN CAMPESINA.

La postura de los Jesuitas frente a la organización campesina no es algo peculiar o tradicionalmente jesuítico. Sencillamente, los Jesuitas hemos procurado participar de la conversión de la Iglesia hacia el pobre, hacia el oprimido. Hemos pretendido fidelidad a las exigencias que el Espíritu Santo, "quien nos conduce a toda la verdad y nos interpreta lo que va viniendo" (Jn. 16, 13-14), ha despertado hoy en su Iglesia. Los Obispos Latinoamericanos han interpretado en Medellín, en 1968, que "las aspiraciones y clamores de América Latina son signos que revelan la orientación del plan divino operante en el amor redentor de Cristo que funda esas aspiraciones en la conciencia de una solidaridad fraterna" (Véase: Medellín, Mensaje a los pueblos de América Latina). ¿Quién se atreverá a negar que el campesinado salvadoreño aspira a su organización y clama por ella?

La miseria en que viven los campesinos se mantiene en parte porque se les niega el derecho a organizarse. Ya Juan XXIII decía en 1961: "Estamos convencidos de que los protagonistas del desarrollo económico, del progreso social y de la elevación cultural de los ambientes agrícola-rurales, deben ser los mismos interesados, es decir, los obreros de la tierra". "En el sector agrícola, como por lo demás en cualquier otro sector productivo, la asociación es actualmente una exigencia vital". "Los trabajadores de la tierra deben sentirse solidarios los unos de los otros, y colaborar para dar vida a iniciativas cooperativas y a asociaciones profesionales o sindicales" (Mater et Magistra, Ns. 144 y 146).

En 1968, este principio cristiano, enunciado por el Papa Juan XXIII para todo el mundo, fue concretado mucho más por los Obispos Latinoamericanos. Precisamente ante la situación de América Latina, que, con gran valentía profética y fieles a la sincera valentía de Jesús, enjuiciaron como "situación de injusticia que puede llamarse de violencia institucionalizada" (Medellín, Paz, n. 16), los mismos Obispos apela-

ron al valor cristiano de los sectores populares:

Son también responsables de la injusticia todos los que no actúan en favor de la justicia con los medios de que disponen, y permanecen pasivos por temor a los sacrificios y a los riesgos personales que implica toda acción audaz y verdaderamente eficaz. La justicia y, consiguientemente, la paz se conquista por una acción dinámica de concientización y de organización de los sectores populares, capaz de urgir a los poderes públicos, muchas veces impotentes en sus proyectos sociales sin el apoyo popular (Medellín, Paz, n. 18).

No puede estar más clara la visión del Episcopado Católico de América Latina. En nuestros países, aquí en El Salvador, hay que conquistar la justicia y la paz. Este es el destino que nos han impuesto quienes retienen sus privilegios y, sobre todo, "los defendiendo empleando ellos mismos medios violentos" (Medellín, Paz, no. 17).

Cuando los Jesuitas, en servicio al Evangelio de Jesucristo, hemos tenido relación directa o indirecta con el campesinado, hemos seguido fielmente la norma que —coherentemente con lo ya dicho— dio todo el Episcopado Católico en Medellín hace nueve años:

Alentar y favorecer todos los esfuerzos del pueblo por crear y desarrollar sus propias organizaciones de base, por la reivindicación y consolidación de sus derechos y por la búsqueda de una verdadera justicia (Paz, n. 27).

Lo que no quieren comprender en El Salvador quienes se aferran a sus privilegios, es que esta tarea, según lo afirmaron los Obispos Católicos y lo aprobó el Santo Padre Paulo VI, "es una tarea eminentemente cristiana" (Medellín, Paz, n. 20). La exclusividad religiosa de la misión de la Iglesia, a la que apelan, es una deformación, un escandaloso recorte del Evangelio de Jesucristo. De esta piedad religiosa, que no escucha el clamor de Dios cuando pregunta por nuestros hermanos los hombres, dijo Jesús: "Ay de ustedes, que pagan el diezmo de la hierba buena, del anís y del comino y descuidan lo más grave de la ley: la justicia, la compasión y la lealtad" (Mt. 23,23). En toda la Biblia, la compasión de Dios, lejos de ser condescendencia o paternalismo, es la solidaridad incondicional con la causa de los débiles, de los pobres y de los oprimidos. Sin esta solidaridad la fe en Dios "es un cadáver" (Santiago 2, 17).

4. ¿CUAL ES EL PROBLEMA?

Frente a esta postura de la Iglesia, que interpreta hoy, a la luz del Evangelio, las exigencias cristianas con respecto al campesinado,



UNICO

SOCATE MAGICO
(SOCAMAG)

Despreocúpese de encender y apagar cada día las luces de su casa, negocio o industria, ya sea que usted esté dentro o fuera.

Los **SOCATES MAGICOS** lo hacen por usted automáticamente, sin instalaciones especiales ni consumo de electricidad.

El tranquilizador, guardabienes, parladrones.

Haga sus pedidos por el Teléfono: **781-7320**

diversas organizaciones acusan a los Jesuitas de organizar y dirigir las organizaciones campesinas FECCAS y UTC. ¿Cuál es el problema de fondo?

Lo que en el fondo parece preocupar a esas asociaciones no es que los Jesuitas dirijan o no las organizaciones campesinas. Lo que parece preocuparles es que existan organizaciones campesinas autónomas, verdaderamente libres de la tutela del Estado, independientes respecto a las presiones de los intereses creados de algunos empresarios o propietarios agrícolas.

Lo que parece preocupar a esas asociaciones de propietarios es que en el país se puedan defender otros intereses justos, diferentes de los suyos. Para ellos el bien común de El Salvador sólo se conseguirá si se logra el bien particular de unos cuantos miles de privilegiados, aunque eso suponga mantener la miseria colectiva de millones de salvadoreños.

Para algunas personas que viven en casas decentes y a veces lujosas, que poseen tierra, que tienen acceso al crédito, que pueden comprar los abonos y las semillas necesarias para sus siembras, que pueden pagar la cuenta del pediatra para sus hijos enfermos, las angustias de una familia campesina ante la lucha por un salario mejor, por un pedazo de tierra, por la reubicación de una vivienda miserable amenazada de inundación, o simplemente por la supervivencia, parecen no significar nada.

Ellos tienen derecho a organizar manifestaciones en San Miguel, Sonsonate, Santa Ana, Zacatecoluca, y hasta de amenazar con una marcha sobre San Salvador para gritar al Gobierno contra el Primer Proyecto de Transformación Agraria. Ellos pueden lanzar la consigna —ilegal en aquel momento— de no vender las tierras al ISTA. Ellos tienen el derecho de constituirse en faro, luz, guía y hasta en oráculo dogmático del país.

Los campesinos no tienen ninguno de estos derechos. Si se manifiestan por las calles, si reclaman que se bajen los alquileres de tierras y que aumenten los salarios, están desatando el caos en el país. Si emprenden una lucha de reivindicación de sus derechos, están siendo ranchistas y están sembrando, el odio. Ni siquiera se les concede a los campesinos el tener cerebro y corazón para tomar la iniciativa en su propia organización. Si se organizan, se les acusa de haber sido manipulados, de que los Jesuitas los dirigen demagógicamente, de que los curas tercermundistas los incitan. Realmente esas organizaciones, campeonas hoy de una religión católica pretendidamente adulterada por el Arzobispo, los sacerdotes y los Jesuitas, ni siquiera llegan a la regla de oro del Evangelio: "En resumen: todo lo que ustedes desearían de los demás, háganlo con ellos" (Mt. 7, 12).

Lo que parece sacar de quicio a esas organizaciones de propietarios es que los campesinos se hayan levantado con dignidad y hayan dicho: "¡Basta! No es cristiano ni humano que se nos discrimine".

Un grave problema en El Salvador es que hay un grupo de privilegiados —no todos—, aferrados a sus intereses, que no pueden ni quieren permitir que el pueblo sea capaz de defender sus derechos, valeroso para soñar y comenzar a instrumentar una sociedad mejor. Si no pueden seguir manteniendo a este pueblo como masa amorfa y manipulable, están dispuestos a llamarlo "hordas asesinas" y a exigir del Gobierno su represión, hasta que de nuevo lo pongan de rodillas, no ante Dios, sino ante la injusticia y la opresión. Contra esta ceguera y esta intransigencia, resuenan las palabras de Pablo VI a los campesinos de América Latina en Bogotá, hace nueve años:

Hoy han tomado ustedes conciencia de sus necesidades y de sus sufrimientos y, como otros muchos en el mundo, no pueden tolerar que estas condiciones perduren siempre sin ponerles solícito remedio (Discurso del Papa Pablo VI a los campesinos en el día del desarrollo; agosto de 1968).

III. EL PODER Y LA VIOLENCIA

1. ACUSACIONES

Entre el cúmulo de acusaciones que, con todo lujo de adjetivos y mayúsculas, se han vertido contra la Iglesia, resaltan por su virulencia la de que los Jesuitas ambicionamos el poder y la de que incitamos a todo tipo de crímenes y violencia.

Se ha dicho que arengamos y envenenamos con nuestras prédicas, incitando a los campesinos a la violencia (7-12-76; 10-12-76); que pretendemos cambiar la Constitución y el Gobierno de acuerdo con nuestros particulares intereses (13-10-76); que tenemos una desmedida ambición de poder terrenal y no respetamos nada ni a nadie con tal de alcanzar nuestros objetivos (19-3-77); que queremos enfrentar al clero entre sí y a la Jerarquía con el Estado y evitar la normal sucesión presidencial (18-4-77); que nuestra cátedra y púlpito siembran vientos de odio, violencia y terror, y hasta que somos los "verdugos" de la sociedad burguesa (23-5-77).

Una lectura desapasionada de todas estas acusaciones podría llevar a la conclusión de que se está frente a una caracterización de novela barata, fruto de una imaginación poco fértil y no precisamente muy equilibrada. Los Jesuitas seríamos unos verdaderos monstruos de maldad, cúmulo de todos los males imaginables, carentes de cualquier tipo de ética o virtud.

Esta división maniquea y simplista del mundo en buenos y malos en nada corresponde a la realidad y, frecuentemente, dice más acerca de quien la expresa que acerca de aquellos a quienes se pretende aplicar.

Pero, desgraciadamente, en nombre de esta caracterización se justifican —aquí como en otras partes— aprisionamientos y expulsiones, torturas, bombas y asesinatos. Y, sobre todo en nombre de esta caracterización se justifica el mantenimiento de una situación social en la que unos pocos (¿los buenos?) pueden disfrutar de toda clase de privilegios, mientras los muchos (¿los malos?) tienen que conformarse con poder sobrevivir.

Por respeto al pueblo salvadoreño, por respeto a la Iglesia, de la que no somos sino una pequeña parte, debemos desmentir esas acusaciones. Más aún, queremos desmentirlas por respeto también a muchos propietarios y personas pudientes a quienes estas organizaciones pretenden representar en sus escritos y quienes se sienten intelectual y éticamente humillados de que se les identifique con esas publicaciones.

2. LOS JESUITAS Y EL PODER

Se nos acusa de buscar el poder con "perversos fines". Ante todo, es importante aclarar que hay muchas clases de poder: uno es el poder de las ideas y la razón, otro muy distinto el de las bombas y los insultos; uno es el poder del dinero, otro muy distinto el poder del amor. Por otro lado, todo poder es siempre un poder para algo: se tiene poder para construir o para destruir, para ayudar o para obstaculizar, para servir a los demás o para hacerse servir de los demás. El poder siempre está en relación con unos fines y unos valores. Hay quienes utilizan el poder para su beneficio y lucro personal; hay quienes lo usan en servicio a los necesitados. Ni la Iglesia ni los Jesuitas dentro de ella deseamos o ambicionamos este poder de dominio social que precisamente tienen y utilizan en su exclusivo beneficio aquellos que hoy nos acusan. No nos interesa poner ni quitar Gobiernos. No queremos ese poder político y económico. No sólo no lo queremos, sino que incluso tratamos de despojarnos de cualquier residuo de él que pueda quedar en nosotros, para ponerlo a disposición de los desposeídos y aplastados por los poderes de este mundo.

El poder del cristiano se cifra, fundamentalmente, en el amor, en ser capaz de "dar la vida por los hermanos" (Jn. 15, 13). Es un poder que se apoya únicamente en la Palabra de Jesucristo ("es viva la palabra de Dios y eficaz, y más cortante que espada de dos filos", Heb 4, 12), y que se alimenta de la fuerza del Espíritu, que vive en su Iglesia. Esta fuerza es realmente un poder que el dinero no puede comprar ni las armas destruir. Un poder que se hace historia para construir el Reino de Dios entre los hombres, Reino de justicia, de amor y de paz, Reino que se inicia en la historia aunque la desborda y trasciende.

Los Jesuitas, ciertamente, no hemos sido siempre ni en todas partes fieles a la fuerza de Jesús. Como humanos que somos, hemos desvirtuado en ocasiones la "buena nueva" de Jesús y hemos servido a los poderosos de este mundo. Lo paradójico es que, mientras hemos hecho esto, no sólo no se nos ha perseguido, sino que se nos ha alabado, privilegiado y enaltecido. Reconocemos nuestro pecado y pedimos perdón al pueblo humilde por lo que hayamos podido colaborar a su sufrimiento.

Pero los Jesuitas, como unos miembros más de la Iglesia Católica, hemos tratado de volver al genuino Espíritu de Jesús, ese espíritu que ha conmovido a su Iglesia y que ha hablado autorizadamente por boca del Concilio Vaticano II, de los Santos Padres, y de nuestros pastores, los Obispos. Hemos entendido que, si algún poder poseemos, debemos despojarnos de él y dedicarlo íntegramente a la construcción del Reino de Dios, a la construcción de una sociedad que pueda ser realmente Sacramento, es decir, signo visible y fiel del rostro de Dios; una sociedad en la que la justicia y la hermandad, no la fuerza y la explotación, fundamenten la convivencia en la paz.

Esta conversión, que no es peculiar de los Jesuitas, sino de toda la Iglesia, nos impulsa a seguir con más fidelidad los pasos de Jesús. Algunos que ayer nos invitaban a su mesa, hoy piden nuestra crucifixión. Algunos que ayer se preciaban de nuestra educación, o se sentían honrados con nuestra amistad, hoy nos denigran y nos acosan. Pero, ¿qué buscaban en nosotros? ¿La Palabra de Jesús o la justificación de sus intereses? ¿Se escandalizan hoy de nosotros porque les pedimos que partan su pan y su techo con quienes no lo tienen? ¿Se horrorizan porque les recordamos que "quien dice amar a Dios, a quien no ve, pero no ama a sus hermanos, a quienes ve, es un mentiroso"? (1 Jn. 4,20). ¿Se rasgan las vestiduras porque les recomendamos que "no se puede servir a Dios y a la riqueza"? (Mt. 6,24).

La Iglesia hoy, fiel a Jesucristo, pretende servir a todos los hombres desde una dedicación especial al pobre y al oprimido. Todo su poder está en la Palabra de Dios puesta al servicio de aquellos en quienes ve especialmente reflejado el rostro de Jesús. Y, como Jesús, está dispuesta a dar la mayor prueba del poder cristiano —ofrecer su propia vida—, en aras de ese Reino de Dios que Jesús anunció y por el que dio su vida hace ya dos mil años.

3. LOS JESUITAS Y LA VIOLENCIA

Se acusa hoy a la Iglesia, a sus pastores, a sus sacerdotes y fieles, de incitar al odio y a la violencia. Se dice que los Jesuitas incitamos al robo, a la lucha, al asesinato; que envenenamos los espíritus desde la cátedra y el púlpito. Y todo esto lo haríamos movidos por el rencor y el resentimiento social, como si fuéramos "políticos fracasados".

Mediante una publicidad insistente y avasalladora se pretende hacer aparecer como única violencia la que emplea la fuerza física o el poder de las armas. Claro que, quienes nos detractan, llegan a justificar la violencia de las armas siempre que éstas apunten al pecho de los hambrientos ("horda asesina") o de quienes predicán la Palabra de Dios ("¡Haga patria! ¡Mate un cural!").

Ya los Obispos Latinoamericanos desenmascararon esta falsificación de la realidad hace nueve años: "América Latina se encuentra, en muchas partes, en una situación de injusticia que puede llamarse de violencia institucionalizada" (Medellín, Paz, No. 16). Una situación —como es la de cientos de miles de salvadoreños—, en la que se vive "abatido por la ignorancia, la mala alimentación, las malas condiciones de salud y un desempleo parcial que es crónico" (Presidente Molina, Mensaje 1o. de Julio de 1976), es, ciertamente, una situación de violencia estructural.

La Iglesia, y los Jesuitas como miembros de ella, no cree que la violencia de las armas sea la solución a los problemas sociales —ni en un sentido ni en otro, es decir, ni para subvertir ni para reprimir. Pero la Iglesia cree y está convencida de que esos problemas no se empezarán a resolver mientras no se ponga coto a la violencia que unas estructuras heredadas de opresión e injusticia imponen a la mayor parte del pueblo salvadoreño (Ver mensaje de la Conferencia Episcopal de El Salvador sobre el momento actual que vive el país, 5-3-77). (Publicado en SIC, Abril, 1977).

¿Quién genera entonces la violencia: quienes con su intransigente oposición a todo tipo de cambio impiden la solución de los problemas sociales, o quienes desde el fondo de su agonía cotidiana claman por sus más elementales derechos? ¿Quiénes aferrados a su poder y a sus privilegios mantienen una situación de vergonzante desigualdad o quienes reclaman su puesto a la mesa de los salvadoreños? "Una mesa común con manteles largos para todos, como esta Eucaristía. Cada uno con su taburete. Y que para todos llegue la mesa, el mantel y el con qué" (P. Grande, Homilía del 1o. de Febrero de 1977 en Apopa, publicada en SIC, Abril 1977).

LAS OBRAS DE LOS JESUITAS EN EL SALVADOR

UNIVERSIDAD CENTROAMERICANA "SIMEON CANAS" (UCA): en ella trabajan 15 Padres y un Estudiante Jesuita, con 188 Profesores laicos; 8 Departamentos para 16 carreras universitarias, con 3.500 alumnos.

CENTRO DE REFLEXION TEOLOGICA, 4 Padres, publicaciones y cursos de Teología

CASA DE ESTUDIANTES de Santa Tecla, 3 Padres y 7 estudiantes Jesuitas (actualmente en México)

COLEGIO EXTERNADO SAN JOSE, 6 Padres. Tiene 835 alumnos en primaria, 759 en secundaria y 224 en el turno vespertino, para personas que trabajan durante el día.

"FE Y ALEGRIA", 4 Padres y 4 Hermanos, que con otros religiosos y un equipo de 100 profesores laicos atienden a 4.150 alumnos de primaria y básica en 9 centros de zonas marginadas y 600 alumnos de educación técnica (mueblería, Corte y Confección y Electrónica) en 7 centros. La Clínica médico-dental, atiende unas 7.000 personas al año. Por los cursos de alfabetización y promoción han pasado más de 10.000 alumnos.

IGLESIA DEL CARMEN, 7 Padres y 1 Hermano. Atiende y dirige una Escuela Primaria Anexa.

PARROQUIA DE GUADALUPE, 1 Padre.

PARROQUIA DE AGUILARES, actualmente atendida por el Clero diocesano. De los 5 Padres que la atendían 1 fué asesinado y los otros 4 expulsados. En esta Parroquia nació el movimiento de "Delegados de la Palabra", para formar líderes religiosos de las Comunidades Campesinas de Base, extendidas por todo el país.

CURIA DEL P. PROVINCIAL DE CENTROAMERICA, 3 Padres.

FUNDACION SALVADOREÑA DE DESARROLLO Y VIVIENDA MINIMA, 1 Padre, que imparte educación para el desarrollo de las clases marginadas (cooperativas, saneamiento ambiental, higiene, etc.). Además de más de 16.000 familias, tanto en la capital como en otros departamentos.

No es de extrañar que la cátedra y el púlpito suenen violentos; ¿cómo no va a ser violento descubrir la realidad en que vive la mayoría del pueblo salvadoreño? En nuestra situación, la Palabra de Dios es subversiva: amor, justicia y libertad necesariamente subvierten un "orden" fundado en la dominación, la injusticia y la opresión (Ver Medellín, Paz No. 2). Es doloroso que la Palabra de Dios o la ciencia descubran esta realidad injusta; pero lo verdaderamente doloroso es que exista este tipo de realidad.

No es cerrando los ojos o acallando las voces de protesta como se resolverán los problemas sociales. La situación de El Salvador es objetivamente tan trágica, que no se puede ocultar con manifiestos ni encubrir con sangre de campesinos o de "curas tercermundistas". El único camino viable es el de la razón, el esfuerzo común y el sacrificio. Pero esto exige violencia: la violencia de la Cruz.

Hay algo que sí predica la Iglesia: la violencia de la Cruz. La Cruz en la que muere Jesús pone al descubierto la maldad del pecado. La Cruz en la que diariamente mueren tantos salvadoreños pone de manifiesto el pecado de una situación social que los crucifica en el hambre, la enfermedad, la ignorancia, el desvalimiento. "Lo que con ellos hicieron, a mí me lo hicieron" (Mt 25,40). Por vocación y por convicción, la Iglesia y los Jesuitas dentro de ella se oponen a la violencia de las armas y a la violencia de la opresión. Ni hemos sido ni somos guerrilleros. Pero por fe, vocación y convicción creemos en la violencia de la Cruz: esa violencia que nos lleva a despojarnos de nosotros mismos, despojarnos de nuestro pecado, personal y social, para construir el Reino de Dios.

Jesús fue crucificado porque, según los Fariseos, "andaba agitando al pueblo" y azuzándolo contra el César (Lc 23,5). Su Palabra de amor era subversiva para quienes disfrutaban de la situación opresora mantenida por los romanos. Esa misma Palabra que hoy, repetida valientemente por la Jerarquía y el clero salvadoreño, convulsiona y hace temblar a quienes han optado por servir a sus riquezas. Palabra eficaz en la que el pueblo sencillo y humilde encuentra la promesa y la esperanza de su salvación liberadora.

VI. LA ESPERANZA QUE NO DEFRAUDA

1. NUESTRA RESPUESTA

Durante muchos meses los Jesuitas hemos callado, a pesar de una intensa campaña de insultos, ofensas y calumnias. Hemos hablado, al fin, porque ese era nuestro deber. Debíamos hablar por respeto al pueblo salvadoreño; por fidelidad hacia la Iglesia y sus Obispos; por solidaridad con todos nuestros hermanos en la fe, sacerdotes, religiosos y laicos, que sufren hoy la misma persecución; por fidelidad a nuestra misión dentro de la Iglesia. Como Jesuitas que trabajamos en esta Iglesia de El Salvador no podíamos ignorar la voz de un poder arrogante e injusto, que tantas veces ha intentado silenciar al pueblo salvadoreño. A este pueblo, hambriento de verdad y harto de falsedad, teníamos que darle razón de nuestra esperanza en Jesucristo.

Hemos intentado exponer, con humildad pero también con firmeza, nuestro punto de vista. Si buscamos la verdad, no tenemos por qué temer la exposición pública de aquello en que creemos. El pueblo salvadoreño, que posee ojos, oídos y corazón para discernir la palabra sincera de la palabra salsa e interesada, juzgará nuestro quehacer. Ante él nos sentimos responsables y no ante quienes se han erigido en jueces de cielo y tierra, manipuladores de haciendas y vidas, mientras amenazan con extinguir la palabra y la acción por medio de la violencia. Frente a nosotros está viva la palabra fortalecedora de Jesucristo: "No les tengan miedo a quienes pueden matar el cuerpo, pero no pueden matar la vida" (Mateo 10,28).

No abrigamos odio alguno contra quienes nos atacan. Como cristianos, nuestro desafío es luchar enérgicamente por la justicia sin odiar a los injustos. La denuncia de la opresión y la injusticia y el anuncio de un Reino de hermandad y justicia que, por contraste con la sociedad en que vivimos, no puede menos de resultar hiriente, tendrán que ser compatibles con el amor a nuestros enemigos. No hay un tiempo para denunciar y otro para amar. Sólo marchando por este camino difícil daremos un testimonio cristiano completo y sin recortes. Dentro de este cauce tendremos que buscar la eficacia de nuestra modesta contribución a la renovación radical de nuestra convivencia humana.

Hemos reconocido y volvemos a reconocer nuestros pecados y errores, sobre todo en la medida en que hayan podido afectar a quienes sufren una miseria anticristiana o a quienes, junto con ellos, han dedicado sus mejores esfuerzos a propiciar un cambio justo de nuestra sociedad. Pedimos también perdón a quienes, sin culpa, se desconcertaron ante el cambio que el Espíritu Santo impulsó en la Iglesia y no fueron suficientemente iluminados sobre él. Por ello, aceptamos las críticas fundamentadas en la razón y en la verdad e inspiradas en el mismo compromiso por la justicia, que es patrimonio de muchos.

Queremos también expresar públicamente nuestra gratitud a todos aquellos que, en múltiples formas, nos han animado y apoyado en estos meses críticos. Nos han alentado especialmente las voces de nuestros Obispos, ellos mismos víctimas de la calumnia y la persecución; las de muchos campesinos, algunos de ellos todavía con las huellas visibles de la tortura en sus cuerpos, pero firmes en su espíritu libre que no se ha conseguido doblegar; las de sacerdotes, religiosos y religiosas; y las de muchos salvadoreños de varios sectores sociales que han querido seguir demostrándonos su amistad. Deseamos también agradecer a quienes nos han leído hasta el final, sin mutilar nuestras afirmaciones ni tergiversarlas fuera de su contexto. Y, no en último lugar, a quienes han hecho posible estas publicaciones tan costosas.

2. LOS JESUITAS EN LA IGLESIA Y EN EL SALVADOR

La Compañía de Jesús —los Jesuitas— es una orden religiosa que, fiel a la misión de Jesús y de su Iglesia, pretende trabajar en el servicio de la fe y en la promoción de la justicia. Si la fe cristiana exige esencialmente la justicia, éste se llena de sentido mediante la vida de fe en Jesucristo. A lo largo de su historia, la Iglesia se ha esforzado por construir el Reino de Dios, enfrentando con valentía el pecado de cada época y lugar, aunque no siempre con igual coherencia ni sin tener parte en el pecado del mundo. Si la Iglesia ha ido cambiando, lo ha hecho en un esfuerzo de purificación continua para permanecer fiel a la insobornable palabra de Jesús. El Reino de Dios trasciende al mundo, pero en él comienza y se expresa. De ahí la exigencia ineludible de edificar una sociedad de amor y de justicia. El ser hijos de un mismo Padre nos exige vivir como hermanos, no como dueños y esclavos: "a ustedes no les he llamado siervos, sino amigos" (Juan 15, 14-15).

La Iglesia no necesita salirse de los preceptos constitucionales pa-

ra cumplir con su misión. Si algo pretende promover y asegurar la Constitución es precisamente una convivencia de todos los salvadoreños fundada en la dignidad, la equidad y la justicia. La exigencia constitucional confluye, en esto, con la exigencia evangélica. Son, por el contrario, unos pocos privilegiados los que pretenden no sólo manipular el Evangelio, sino incluso hacer que la Constitución quede como letra muerta cada vez que los gobernantes, ante la evidencia de los hechos, intentan traducirla en medidas concretas para bien de las mayorías.

No es misión de la Iglesia ni de los Jesuitas, por lo tanto, poner ni quitar gobiernos; eso le compete constitucionalmente al pueblo salvadoreño. No formamos parte de ningún tipo de conspiración. Si la misión cristiana —abiertamente proclamada— tiene repercusiones y exigencias respecto a la convivencia social, es porque la salvación de Jesucristo es una salvación de todo el hombre y de todos los hombres. Dios sigue escuchando los clamores de su pueblo en la miseria y en la servidumbre (Exodo 3,7) y su Palabra sigue llamando a la justicia y a la libertad.

Fiel a esta Palabra, la Iglesia y los Jesuitas de ella tratan de inspirar cristianamente todo tipo de actividad o trabajo. Como cristianos comprometidos con nuestro pueblo, anhelamos y nos esforzamos en todas nuestras obras por que la sociedad salvadoreña se fundamente en la equidad y en el amor. No nos oponemos a las diferencias, sino a la injusticia; no pretendemos que todos seamos números al servicio de la seguridad de un Estado totalitario, cualquiera que sea su ideología, sino personas que puedan desarrollarse humanamente como hijos de Dios; rechazamos convertir nuestra patria en un campo de concentración, pero tampoco podemos aceptar el que se antepongan los lujos y privilegios de una minoría "en detrimento del pan, el agua y el trabajo de las mayorías" (Mensaje del Presidente Molina, 1-7-76).

Precisamente por ello, apoyamos todo esfuerzo justo por cambiar de raíz las estructuras injustas, de forma que creen condiciones de vida humana para quienes hoy viven humillados por la miseria y despojados de la esperanza (Mensaje de la Conferencia Episcopal de El Salvador, 5-3-77). Como Jesús, La Iglesia quiere servir a todos los salvadoreños, privilegiando a los pobres y oprimidos (Lucas 4,18-19). Esta preferencia cristiana puede ser realizada desde muchos sitios y trabajos, pero es incompatible con el egoísmo y la explotación.

Los derechos humanos no son coto exclusivo de unos cuantos, sino que pertenecen inalienablemente a todos los hombres. Mas los derechos humanos son vida y hechos, no palabras ni intenciones; el disfrute de los derechos humanos requiere que se haga posible estructuralmente su ejercicio. Por eso apoyamos el derecho de todos los salvadoreños a trabajar y ser tratados como personas, a pensar y decidir por cuenta propia su vida y su futuro. Por eso, en concreto, apoyamos con toda firmeza el derecho constitucional de los campesinos a asociarse libremente y a constituir sus propias organizaciones y sindicatos.

Los Jesuitas ni fundamos ni dirigimos FECCAS o UTC. Son organizaciones campesinas autónomas y distintas en su origen. Los campesinos son personas humanas, capaces de pensar y decidir por sí mismos, aunque otros traten de impedirlo por todos los medios. Como lo hemos hecho con otros tipos de organizaciones y grupos, hemos tratado de inspirarles cristianamente siempre que se nos ha pedido. Pero ni el apoyo al derecho constitucional de organizarse, injustamente negado al campesino, ni la inspiración cristiana que seguiremos dando —si se nos pide— a los miembros de éstas u otras organizaciones sociales, resta nada a la plena responsabilidad de esas organizaciones, autónomas respecto de las estrategias y de los medios concretos —acertados o errados, correctos o incorrectos— que ellas elijan para defender sus derechos.

Nosotros no creemos en la violencia: ni de las armas, ni la del dinero. No hemos sido ni somos guerrilleros. Pero, desde una perspectiva cristiana, mucho menos podemos aceptar con la conciencia tranquila la violencia permanente de una situación que impide a la mayoría de los salvadoreños la satisfacción de sus necesidades más elementales. Algunos de nuestros críticos, al contrario, parecen creer en ambos tipos de violencia, al menos siempre que redunde en su particular beneficio y provecho. La Iglesia sabe bien lo que son las cárceles y campos de concentración soviéticos; pero también sabe lo que son las cárceles y las torturas en países que se dicen democráticos o que se erigen en "defensores anticomunistas de los valores de la civilización cristiana".

No incitamos a la violencia ni al odio de hermano contra hermano; por el contrario, incitamos a la equidad y al amor. Es la realidad social en que vivimos la que es objetivamente violenta. Tomar conciencia de esa realidad, sea a través de la reflexión cristiana, sea a través del estudio, sea —muy especialmente— a través de la convivencia y solidaridad con los que la sufren, no es el problema. El problema está en que la realidad social sea como es e incluso se trate de ocultarlo.

Racionalidad, lucha, esfuerzo común y sacrificio, en lo posible dentro de un clima de respeto mutuo y diálogo, nos parecen condiciones esenciales para esa ingente tarea de "conquistar la justicia y la paz" (Medellín, Paz, No. 18) que a todos nos compete. Racionalidad para ver con claridad los males y las soluciones; lucha para vencer los obstáculos y liberarnos de nuestras esclavitudes; esfuerzo común para no desperdiciar nuestros escasos recursos ni la riqueza formidable de nuestro pueblo; sacrificio, en fin, porque a algunos nos tocará ceder de lo nuestro para que todos tengamos algo, y porque tendremos que morir al pecado personal y social para nacer al hombre nuevo en una tierra nueva. No será esto obra de un día, sino tarea ardua, constante y permanente.

3. NUESTRA ESPERANZA

Somos conscientes de que la Palabra de Dios es una palabra de contradicción y de juicio. Ella descubre y pone de manifiesto nuestro pecado, el de los Jesuitas, el de la Iglesia y el del país. Es por lo tanto también una palabra de conversión que a todos se nos exige. Quien no esté dispuesto a perder su vida por el Reino de Dios, la ha perdido ya.

Pero es también una palabra de esperanza, la misma que ha mantenido a los creyentes de todos los tiempos. Es la palabra dirigida a Ezequiel en el exilio: "los haré salir de sus tumbas, pueblo mío, y los llevaré de nuevo al suelo de Israel". Es la visión de Isaias de "un nuevo cielo y una nueva tierra donde no se oír ya llanto ni gemido". Es la esperanza con que comienza la predicación de Jesús: "El Reino de Dios está cerca". Es esa esperanza que, según San Pablo, no defrauda.

De esta esperanza vivimos y ella nos alienta incluso en nuestros fracasos. Pero esta esperanza hay que ir la haciendo operativa, porque además de ser un don gratuito de Dios es una responsabilidad humana. Se convierte en un reto para todos los salvadoreños, cuyo sendero y símbolo están ya plasmados en el nombre de nuestro país: El Salvador. Ese símbolo se llenará de realidad cuando El Salvador sea en verdad la Patria de todos los salvadoreños. Quiera Dios que todos enfrentemos con valentía este reto, que todos aportemos lo mejor que tengamos de recursos, de ideas, de corazón limpio para que los salvadoreños seamos gente en verdad salvada. Quiera Dios que los deseos de paz, hermandad y justicia se conviertan en realidad, y que no reparemos en sacrificios para llevar adelante la tarea más noble de los hombres: construir una sociedad que se vaya acercando al Reino de Dios.

Las últimas líneas del Nuevo Testamento son un grito valiente de esperanza: "¡Ven Señor Jesús!" (Apocalipsis 22, 20). Ese es el grito de los cristianos de hoy, y de los pobres que esperan la liberación que trae el Señor y por la cual luchamos. Pero en el mismo Nuevo Testamento se responde a esta esperanza. El Señor ya está con nosotros, para quien tiene ojos limpios para ver: "Lo que hicieron con uno de estos hermanos míos más pequeños, conmigo lo hicieron", dice Jesucristo (Mateo 25, 40).

La fórmula cristiana para vivir en la historia con una esperanza es hacer nuestra la causa de los pobres. Porque "la esperanza de los pobres no perecerá" (Salmo 9, 19). Los cristianos y los Jesuitas, por lo tanto, no sabemos más ni mejor que los demás hombres cómo dar soluciones concretas a los enormes y complejos problemas de nuestro país. En esto tenemos que colaborar con los demás y aportar las soluciones que mejor parezcan. Pero existe un camino cristiano para todos aquellos que quieren hacer de su vida una vida de sentido y con esperanza: encontrar al Señor en los pobres y oprimidos, y acercarnos a ellos con la misma intención liberadora de Jesús de acompañarles en su difícil marcha hacia una sociedad de hermanos. A esto no podemos renunciar, pues es la razón de nuestra esperanza. ○

EL CONFLICTO DE LA BANANERA

Los obreros de la "Compañía Bananera Venezolana" (Edo. Yaracuy) sostuvieron durante los meses de junio y julio un prolongado conflicto con los directivos de esa empresa transnacional, luchando por mejoras en sus condiciones de trabajo y de vida. La fuerte represión con la que respondió el Gobierno del Estado y la negativa por parte de algunos órganos de prensa a publicar algunas tomas de posición (véase nuestro comentario en p. 360) nos han movido a publicar los documentos que incluimos a continuación que revelan la posición de grupos de la Iglesia venezolana ante un hecho que consideramos como síntoma y signo de una situación más global que se acrecienta en el país. (N. de la R.)

EL OBISPO DE SAN FELIPE

En la hacienda "La Bananera", ubicada en la población El Guayabo del Estado Yaracuy, hace alrededor de 3 meses, unos 300 obreros se declararon en huelga contra la mencionada empresa agroindustrial.

Entre las causas que originaron el conflicto pueden enumerarse las siguientes:

- La negativa de la empresa a seguir las discusiones del contrato colectivo,
- las condiciones de higiene y salubridad, sobre todo en lo que respecta al agua que consumen, contaminada por los desechos que las industrias vecinas arrojan en el cauce del río Yaracuy,
- la no aplicación de la Ley del Trabajo en lo relativo a las prestaciones sociales,
- el bajo salario que devengan ante el aumento galopante de los productos de consumo diario,
- el tiempo límite de tres años para la duración de los contratos etc.

La huelga fue declarada ilegal por la Inspectoría del Trabajo

de San Felipe, al parecer en forma apresurada y sin agotar los recursos mínimos para conciliar las partes en conflicto.

—La empresa, asumiendo una posición legalista, se negó a conversar con los obreros para oír sus planteamientos y brindar así la oportunidad de buscar una solución satisfactoria para ambos.

Como se trataba de un problema que podía alterar la paz y el orden público, el Gobernador del Estado, General de Brigada Cándido Pérez Méndez, personalmente y por intermedio de sus colaboradores inmediatos, en cumplimiento de su deber, medió entre las partes infructuosamente.

Ante esta situación, el clero de la Diócesis, en su reunión del jueves 30 de junio próximo pasado, por sugerencia mía, acordó nombrar una comisión mediadora integrada por los sacerdotes Lorenzo Díaz y Vicente Piñeros y presidida por mí. Nuestra misión tenía un objetivo claro: servir de puente entre las partes en conflicto y en nombre de la Iglesia y con el aval de nuestra autoridad moral como dirigentes espirituales de la comunidad, buscar la solución a un problema que afecta por